ABC LUNES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 202-

¿Una clase en el Partenón gracias a la realidad virtual o una profesora de Historia que logra trasladar a sus alumnos al siglo V antes de Cristo? Más allá del debate sobre las pantallas en las aulas, viajamos a dos centros que representan modelos opuestos: un colegio del futuro y otro de 1919

Agora Portals, el colegio que usa robots e IA desde los 5 años

Fomentan las nuevas tecnologías sin renunciar al milenario ábaco ni a los libros

MAYTE AMORÓS PALMA DE MALLORCA

A las nuevas tecnologías se las teme o se las abraza. En Agora Portal Interna tional School han decidido dominarlas. Los niños programan mini-robots des de los cinco años. Visitan la Antigua Roma o el Louvre con unas gafas de realidad virtual en la clase de Historia, Usan robots, impresoras 3D y cortadoras lá-ser. Aquí ChatGPT no está prohibido en los trabajos. «Todo lo contrario, hay que enseñar a usar la inteligencia artificial. a citarla en los trabajos y a cuestionar la», propone Rafael Barea, el director de este colegio privado mallorquín que se atreve a introducir la robótica y la codificación dentro del currículum escolar. «'Robotics, tecnology and coding' es una nueva materia obligatoria en Infantil. Primaria v Secundaria con la que queremos desarrollar el pensamiento computacional, que es la habilidad de resolver problemas en tu vida real aprovechando las capacidades de los orde nadores», detalla el director. Se inicia con una sesión desde los cinco años has ta 4° de Primaria, y dos a partir de 5° de Primaria hasta 4º de la ESO.

¿Cómo se mete una asignatura nue va en un apretado horario? «Sin renunciar a nada». El horario de Agora llega a las 35 sesiones semanales y permite dar asignaturas que no tienen otros co legios como 'Robotics, tecnology and coding', natación, drama (hay teatro en toda secundaria) o 'international sports. Con alumnos de 45 nacionalidades distintas, Agora Portals es uno de los 100 mejores centros educativos de España según la revista Forbes. Hace unos años Barea logró elevarlo al nivel de Finlan-dia en las pruebas PISA, y ahora vuelve a revolucionar su proyecto educativo con las nuevas tecnologías «pero sin dejar de lado lo tradicional». De hecho, los niños de Primaria usan el ábaco para hacer operaciones mentalmente y la lectura es fundamental, 'Devoran' libros v después los tienen que explicar. Hacen arte, drama, oratoria v debate, «habilidades de todos los tiempos también muy necesarias hoy en día», reivindica el director. El año pasado derribaron las paredes, juntaron tres aulas y construyeron un espacio de 180 metros cuadrados para «despertar la creatividad y la reflexión». «Queríamos tener un espacio innovador que fomentase la creatividad de los alumnos», presume el docente, señalando una enorme cristalera dividida en tres espacios interconectados en la primera planta del edificio.

Parecen aulas del futuro. En el 'Inspiration Talks' los alumnos de 5 años están sentados en el suelo experimentando con mini-robots que se progra-man con movimientos: avanzar una, dos y tres hacia adelante o atrás, dar una pequeña vuelta... «Ellos sin darse cuenta están haciendo un pequeño algoritmo y codificando», apunta Barea sobre esta forma divertida de introducir la programación en niños de infantil. La maestra guía a los pupilos para que lleguen a la solución. «¡Eureka!», grita Ainara al ser capaz de mover su 'minibot'. Al fondo de la cristalera, el aula 'Maker lab' parece una oficina de Google. Aquí los alumnos más mayores están sentados en mesas altas y taburetes trabajando el lenguaje de la programación con robots más avanzados

Hay un cartel que reza 'STEAM', uno de los pilares de Agora. «La ciencia, la tecnología, la ingeniería, las artes y las matemáticas». En la sala central está el 'Creativity hallway', donde los estudiantes hacen podcasts en la radio, hablan en público, exponen sus trabajos e interactúan con Maryam, una autómata de metro y medio de altura con forma humana construido por los propios alumnos y que integra IA.

alumnos y que integra IA.

La cabeza de mujer responde a cualquier pregunta con la obligación de que el alumno mejore la respuesta y dude.

«Queremos que sean críticos», apunta el director sobre este robot que toma el ombre de la escritora y profesora de matemáticas iraní Mirzajani de la universidad de Stanford. «La inteligencia artificial es una herramienta que tiene mucho poder, con ventajas y desventajas, que genera temor y desconfianza pero que es una herramienta potente para alumnos y profesores y cualquier profesión», defiende Barea, que con esta

«Hay que enseñar a usar la inteligencia artificial, a citarla en los trabajos, a cuestionarla y ser críticos» premisa inculca a los niños la probidad académica. «Esto significa hacer un trabajo y no aprovecharte sin más de la IA. Citar las fuentes a las que has ido, saber utilizarla y saber que posiblemente todo o que te va a generar no va a ser cierto», incide sobre la importancia de ser críticos. «Porque si lo somos podremos ser mejores, si no seguiremos al rebaño y no progresaremos como sociedad».

Espacio virtual

En la clase de Geografía e Historia o de Ciencias Sociales se utilizan las gafas de realidad virtual, desde 5° de Primaria hasta 3° de ESO. «Imagínate que es tán en Historia viendo las pirámides de Egipto... Aquí crearían un espacio virtual -solos o por equipos de dos-, pro-gramarían ese espacio virtual, lo codificarían, al mismo tiempo que ven los elementos que han aprendido en la cla se de Historia y añaden explicaciones» Una vez creado, navegan dentro de este espacio, «La clave es que la mente de los alumnos se desarrolle un poco más de lo meramente académico gracias al uso de la tecnología», sostiene el director saliendo del Agora Innovation Centre tras preguntar a Maryame qué opina sobre la IA en el currículum escolar. El robot lo aplaude

Ya en el jardín nos topamos con el «corazón solidario» lleno de tapones de plástico que se recogen para donarlos a la asociación Arka destinada a niños con parálisis cerebral. Bonus track: en Agora la solidaridad es otra habilidad que también se inculca y trabaja.



Unos estudiantes, en clase, con gafas de realidad virtual // MIQUEL BORRÁS